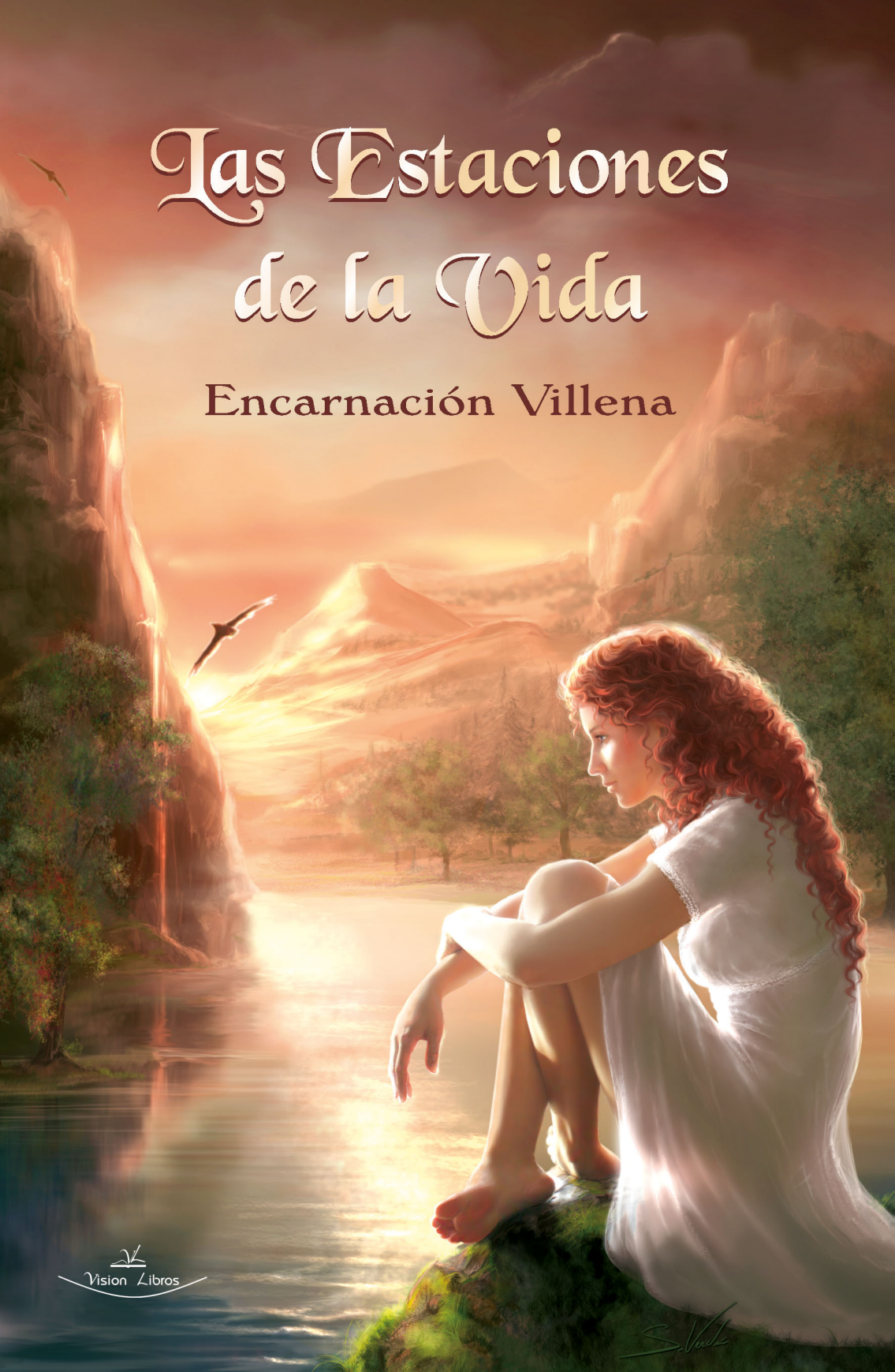
Las Estaciones de la Vida

Encarnación Villena



Vision Libros

Las Estaciones de la Vida

Las Estaciones de la Vida

Encarnación Villena

Vision Libros

Las Estaciones de la Vida
© Encarnación Villena
© Vision Libros

C/ San Ildefonso, 17, local
28012 Madrid (España)
Tel: 0034 91 31 17696
url: www.visionlibros.com

ISBN: 978-84-9821-816-9

Diseño cubierta: Sonia Verdú
s.verdu@gmail.com
www.soniaverdu.info

Maquetación: Mario García Calvo

Producido por Grupo Editor Vision Net
Disponible en librerías físicas y online
pedidos@visionnet.es

Reservados todos los derechos. Esta publicación no puede ser transmitida por un sistema de recuperación de información, de ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético o por fotocopia, o cualquier otro sin el permiso previo por escrito de la autora.

En memoria del ser que nunca pudo oler las flores de la primavera, ver el lienzo colorista del otoño, sentir la brisa del mar acariciar su piel en el verano, ni emocionarse al escuchar un villancico, mientras por la ventana se contempla un manto blanco.

Para ti, mi pequeña, con todo mi corazón.

La estación de cada persona refleja sus vivencias y circunstancias. No hay edad para la primavera ni para el invierno. Mientras tengas ilusión y no envejezca tu espíritu, puedes despertarte todas las mañanas con una fresca flor, <<la Vida>>.

Amar a cualquier edad, aprender, reír, llorar o simplemente morir.

La Autora

PRIMERA PARTE

Capítulo 1

Sabrina Barkley esperaba serena a sus invitados, hoy cumplía ochenta y siete años y deseaba más que nunca celebrarlo con las personas que amaba.

Sentada en uno de los sillones que decoraban parte del enorme salón, lucía un vestido de seda color celeste que resaltaban, aún más, los increíbles ojos azules de aquella gran mujer llena de recuerdos.

Esther entró buscando a la persona que había enriquecido tanto su existencia.

—¡Felicidades abuela! — dijo abrazándola con todas sus fuerzas —. Estás radiante.

—Tú sí que estás bonita — la besó en ambas mejillas y añadió —.Quita zalamera que me vas a despeinar, y este cumpleaños quiero que lo recordéis; tal vez, no pueda celebrar ninguno más.

La nieta frunció el ceño. Era una hermosa joven de veintidós años, con un físico muy parecido al de su abuela cuando tenía su edad.

—No digas eso ni en broma. Qué iba a hacer sin verte, sin escuchar tus historias, todavía me queda mucho que aprender de ti.

—Cariño, lo que sabemos, no sólo se lo debemos a nuestros antepasados, también a nuestras propias vivencias.

En ese momento, llegaron los padres de Esther, David Conrad y Estrella Fernández.

Sabrina al verles se levantó, se dirigió a su hijo y le besó en la mejilla con un fuerte e interminable beso.

David era un buen hombre, así como un prestigioso abogado de la alta sociedad, que además, colaboraba ayudando a las familias más humildes, regalándoles horas de trabajo. Ésa era una de las muchas virtudes que había heredado de su madre, por haber vivido junto a ella tanta sensibilidad.

Se dirigió a su nuera, le dio un beso y comentó:

—Querida, gracias por estar aquí en este día tan feliz para mí.

—Es un placer verte cumplir años con tanta vitalidad — dijo Estrella, afamada actriz española que sentía un gran cariño y admiración por su suegra.

—Salgamos al jardín, Pilar nos ha preparado algunas cosas para comer. Hemos pensado que hace un día estupendo aunque sea invierno.

—Sí mamá, es una buena idea — asintió David, al tiempo que cogía el chal de ella y se lo colocaba por encima de los hombros.

—Gracias hijo, estás en todo — dijo cogiéndose de su brazo mientras salían.

Estrella y su hija iban detrás. Una vez en el exterior, él respiró hondo, miró a su madre y comentó:

—¡Qué maravilla!, cada vez que vengo, todo esto me parece más bonito, quién diría que con todo el ruido y el tráfico del exterior, pueda existir tanta paz con tan sólo la separación de un muro.

Sabrina miró sus árboles de hojas de mil colores, su deleite en los últimos diez años, desde que su hijo insistiera en que viniese a este país desconocido para ella, de

lo cual nunca se arrepintió, gracias a la generosidad de sus gentes.

Sentados alrededor de una mesa ovalada de cristal, vieron llegar a la mujer que, durante esos años, le había servido fielmente hasta el punto de convertirse en amigas inseparables.

—Espero que os guste lo que he preparado.

—Gracias Pilar — dijo David.

—Gracias a vosotros, por regalarnos con vuestra visita en este día tan feliz para Sabrina.

La nieta observaba a la anciana con verdadera devoción.

—Abuela, desde que llegaste a España y al fin te pude conocer, me has contado muchas historias, pero nunca la tuya y la de tu madre.

Estrella cortó tanta impetuosidad diciéndole:

—Esther, todo el mundo tiene en su caja de recuerdos, algún secreto muy bien guardado dentro de su corazón, ¿tú no tienes ninguno?

—Pues no — respondió con la sinceridad de la juventud.

—Claro, eres tan joven — comentó su madre y añadió —. Con tu edad, en mi corazón sólo había viajes y mucha alegría.

—No creas Estrella — interrumpió Sabrina, y explicó mirando a los ojos azules de su querida nieta—.Con esos años, hay personas que han vivido muchas experiencias como mi madre, tu bisabuela.

—Siempre has mencionado su nombre con cariño, pero sé tan poco de ella.

David, que permanecía en silencio, se acercó a su hija y dijo:

—Cielo, no agobies más a la abuela, estará cansada.

—¡No hijo!, me siento muy bien y aún con mucha energía — protestó negando lo que, en lo más recóndito de su ser, reconocía que era cierto —. Y por qué no, voy a contar a mi nieta algo que ni siquiera tú sabes.

Atravesó con su mirada las frondosas hojas de los árboles, inspiró profundamente y penetrando en lo más lejano de su memoria, envió a las cuerdas vocales un sin fin de sensaciones; algunas casi olvidadas tras el paso del tiempo y otras que permanecían en su despertar cada mañana.

—Nuestra historia empieza en un pueblecito de Inglaterra, con una joven y bella mujer, Ann Marie, <<mi querida madre>>.

Por el año 1912, ella trabajaba de Institutriz, sintiéndose en esos días un poco más libre, sin ataduras.

Su infancia transcurrió en medio de una terrible soledad, se quedó huérfana con tan sólo tres años y toda ella la pasó en un humilde orfanato, lleno de chinches y siempre con olor a muerte.

Cuando dejó de ser una niña, un matrimonio fue a solicitar sus servicios para cuidar a su bebé que acababa de nacer.

Éste era su primer trabajo, cualquier lugar lejos de aquel miserable agujero le parecía el cielo.

Una mañana, la señora de la casa la despertó de una manera inquietante.

—¡Ann Marie!, nos vamos a Nueva York.

—Pero… ¿cuándo? — preguntó extrañada.

—Mañana embarcamos, tenemos que darnos mucha prisa y organizarnos bien, tú ocúpate de preparar al niño.

—Está bien señora, todo estará dispuesto.

La mujer salió del dormitorio apresuradamente y Ann Marie se volvió a tumbar sobre la cama. Llena de vida, envuelta en su camisón blanco, con grandes ojos color azul intenso y el cabello rojizo en un recogido informal; le hacía parecer un ángel. Aún no se lo creía, ¡iba a conocer América!, su piel se estremecía sólo de pensarlo.

Todo en ella necesitaba volar y ésta era su gran oportunidad.

Se incorporó a toda velocidad, tenía que hacer muchas cosas y las manillas del reloj saltaban ágiles.

Cuando hubo preparado todo lo necesario, se acercó a la ventana, traspasó con su mirada los cristales hasta llegar a un horizonte perdido. Sintió frío y una gran curiosidad, por todas las aventuras que le aguardaban en esa gran ciudad.

Una voz que venía desde la puerta, le hizo regresar a la realidad, quizá, con esta familia podría encontrar la paz.

Era un día soleado, el embarque fue muy ruidoso. Pesados equipajes trasladados con grandes poleas, gente moviéndose de un lado a otro, niños corriendo entre los adultos y un montón de jóvenes intentando obtener un pasaje gratis, a cambio de trabajar en ese transatlántico.

Ella, con el bebé que cuidaba en sus brazos, levantó la cabeza y vio que aquel enorme barco no se terminaba nunca, se iluminaron sus ojos, ¡qué impresionante!, pensó. De pronto, sintió un tirón de faldas, bajó la mirada y vio a un sucio pequeñuelo con la palma de la mano abierta, el chiquillo al notar la compasión en el gesto de la mujer, pidió:

—¡Tengo hambre!, ¿podría darme una moneda?

Ann Marie miró a su señora que también tenía un gran corazón, ella hizo un gesto a su esposo y él, sin dudarlo, se echó mano al bolsillo y sacó una moneda de plata.

—Ten, pero gástatelo en comida.

—Se lo prometo señor.

Cuando subían al barco por la pasarela, el bebé vomitó en su hombro, ella dejó de caminar. Los padres se dieron cuenta al momento de lo que estaba ocurriendo, la madre se puso nerviosa; pero Ann Marie que había convivido con niños de todas las edades, sabía muy bien lo que le ocurría al chiquitín.

—No se preocupe señora, no es nada, con todo este jaleo es normal — les pidió que sacaran un pañuelo del bolso

que llevaba colgado, después de limpiar al niño, prosiguieron el camino hasta la cubierta. Habían sido de los últimos en subir. Tras realizar algunas maniobras, la enorme nave se empezó a mover.

En el puerto, todos agitaban pañuelos despidiéndose de familiares y amigos. La cubierta estaba repleta de personas de diferentes clases sociales; mujeres con grandes sombreros, vestimentas de seda con acabados de encaje y pesadas e incómodas joyas para justificar, ante los demás, su posición en tan hipócrita sociedad. Otras en cambio, con ropas descoloridas y desgastadas, tienen un brillo especial en sus caras, se sienten privilegiadas por disfrutar de esa gran aventura junto a sus hijos.

Hombres elegantísimos, sin dar importancia a la euforia de las gentes. Sin embargo, otros corren de un lado a otro, adentrándose en un mundo lleno de esperanza y futuro, dejando atrás un pasado lleno de dolor.

Cuando Ann Marie llegó al camarote, se sintió mareada por haber pasado tantos nervios, y se acostó dejando al niño en una cuna cerca de ella.

En el oscuro e inmenso mar, una bola de luz iba iluminando la espuma de cada ola rota, al chocar con esa potente máquina.

El llanto del bebé rompió el silencio en la estancia.

—¡Dios mío, me he quedado dormida! — se levantó de un salto, le cambió el pañal y se arregló un poco el pelo. Junto a su camarote estaba el de los señores, golpeó la puerta levemente con los nudillos y al ver que no respondían, subió al salón principal.

—Os estábamos esperando — dijo el señor.

—¡Lo siento!, nos quedamos dormidos y...

—No importa, vayamos a la mesa — dijo su señora, y añadió —. ¿Se está portando bien?

—Sí, es un niño muy bueno.

Ann Marie se sentía un poco tensa, el salón estaba lleno de gente adinerada que al comer casi ni masticaban, era como si estudiados todos los movimientos, los llevaran a la práctica. El matrimonio se dio cuenta y él le aconsejó:

—No te preocupes demasiado y sé tú misma.

—Gracias señor, son muy amables conmigo.

La comida era estupenda, de vez en cuando, miraba a su alrededor por si alguien la observaba, pero no, todos estaban demasiado ocupados intentando superarse unos a otros. Excepto uno, que estuvo toda la cena admirando su belleza sin que ella lo advirtiera.

Después de cenar acostó al angelito y, al verle tan dormido, aprovechó para salir a respirar la humedad de la noche.

En la cubierta, sus ojos se llenaron de lágrimas, ¡nunca había visto tan grandes y luminosas estrellas!

—¡Increíbles! ¿Verdad?

Pegó un respingo y se puso una mano en el pecho.

—Siento haberla asustado. Sandro Donatello para servirle.

—Yo me llamo Ann Marie — respondió ella, aún temblando.

—La he visto antes en el comedor con un niño — dijo él, intentando entablar una conversación.

—Sí, pero no crea que… — titubeó ruborizada —. Está a mi cargo mientras viajo con sus padres a Nueva York, ¿y usted?

—Soy profesor de Física y Química. Quiero cambiar de aires, conocer otros lugares…

—No parece inglés.

—Mi abuela era inglesa, en uno de sus viajes por Europa, conoció a mi abuelo en Italia. Desde entonces, él no pudo vivir sin ella y la siguió hasta la muerte.

—Es una bonita historia.

—Sí, desde luego que la es.

—Usted es un hombre con futuro, no todos tienen sus conocimientos.

—Habla como si sólo se dirigiese a los hombres.

—No le entiendo…

—Algunas mujeres están avanzando muy deprisa, ahí tiene a Marie Curie.

Ella no sabía por qué le hablaba de aquella mujer.

—¿Quién es? — preguntó.

—Le dieron el premio Nobel de Física en 1903, y el año pasado lo volvió a ganar en Química.

—¿A una mujer? — preguntó sorprendida y avergonzada a la vez, por desconocer algo que parecía tan importante.

—Sí, ha sido la primera en recibirlo hasta ahora y espero que no sea la última.

—Yo no he tenido tiempo para aprender, siempre he estado cuidando niños e intentando sobrevivir.

—¡Siento haberla molestado con mi comentario!

Ann Marie siguió preguntándole:

—¿Es joven esa Marie Curie?

—Tendrá más de cuarenta años.

Ella respiró como quitándose a una rival de encima. Él, al darse cuenta sonrió.

Estaba apoyada en la barandilla del barco, ensortijados mechones rojos caían por su rostro moviéndose al compás del viento, a él le pareció preciosa, tosió nervioso y preguntó:

—¿Y su familia?

—Estoy sola, mis padres murieron cuando yo era muy pequeña.

—¡Cuánto lo siento!

—No pasa nada, discúlpeme — interrumpió —. Se ha hecho tarde y debo ir con el bebé, tal vez, se haya despertado.

—Sí, vaya con él, hasta mañana.

—Hasta mañana.

Sandro siguió contemplando los astros, conocerla le había quitado el sueño. Se puso a recorrer la otra zona del barco que desconocía, hasta llegar a una cubierta inferior, donde se encontraban los más desfavorecidos. Estaban bailando y derrochando alegría, los niños cubiertos con mantas; aunque eran pobres, su felicidad se desbordaba.

Cansado de bajar y subir escaleras llegó hasta su camarote, que no tenía nada que ver con los que había visto unos minutos antes. En su confortable cama, recordó la emoción de aquellas gentes, que parecían no sentir frío ni desdicha; tan sólo ilusión. Seguramente, Ann Marie estaría mejor con ellos, compartiendo todos sus sueños, que viajando en el lujoso y silencioso camarote, que le habían asignado en primera clase, pensó.

La muchacha se despertó al escuchar un golpe en la puerta.

—¡Hace un día estupendo! — al oír la voz de su señora, la abrió.

—¿Mi chiquitín ha dormido bien? — se acercó a la cuna, acarició sus manitas y le besó.

—De un tirón — respondió Ann Marie.

—Arriba os espera el desayuno, ¡tendréis apetito!

—Sí, subiremos en cuanto estemos listos.

Súbitamente, su corazón se aceleró al acordarse de Sandro. No tenía mucho equipaje, pero buscaría uno de sus mejores vestidos. Todavía no sabía muy bien, cómo un hombre tan apuesto y elegante podía haberse fijado en ella.

Después de desayunar, salió a la cubierta llevando a la criatura en su cochecito. Lucía un sol radiante en un día lleno de una increíble paz, al coger aire, su olfato percibió el olor a pintura del nuevo buque.

Aquel día, navegaban en dirección a Queenstown (actualmente Cork) en Irlanda, a través del canal de la Mancha. Los

delfines acompañaban al barco volando sobre las aguas a gran velocidad.

—¡Buenos días! ¿Ha descansado?

Ann Marie ladeó la cabeza para ver al hombre que había compartido con ella las estrellas.

—Sí, y… usted — dijo con timidez.

—Estupendamente. Creo que deberíamos tutearnos. ¿Te parece?

—¡Vale!

En ese momento, se agachó hacia el niño para limpiar la baba que se deslizaba por su barbilla.

—Ann, serás una buena madre — susurró apartándole un rizo de la cara.

Ella se enrojeció.

—Nadie me había llamado así.

—¡Lo siento!, si no te gusta...

—No, suena casi mejor.

—Me atraen más los nombres sencillos — dijo encandilado.

—¡En Nueva York todo será diferente! — aseguró ella con ímpetu, apartando la mirada.

—¡De veras! ¿Qué esperas encontrar allí?

—No sé, tengo muchas esperanzas, creo que mi vida ya ha empezado a cambiar.

—¿Ha sido dura?

—Sí, por eso, es mejor olvidarme del pasado. Ahora quiero vivir este momento sin perderme nada, todo esto es fantástico.

Ambos se miraron apasionadamente, desearon abrazarse y besarse; pero no se atrevieron.

Por la noche, cuando todos menos la tripulación dormían, la luna pudo observar desde el firmamento a dos jóvenes amándose sin control, disfrutando en un mundo aparte, repleto de

pasión y placer, inexplorado hasta aquel momento para Ann Marie; inconscientes del amargo rato que les tocaría pasar unas horas después.

Capítulo 2

Sabrina sacó un pañuelo bordado del puño de su vestido y se secó los ojos, su voz comenzó a quebrarse.

—Abuela, ¿qué ocurrió? — le pidió la nieta impaciente.

—El 15 de abril de 1912, horas después de ese loco frenesí, exactamente a las 02:30 de la madrugada, el buque de los sueños, el insumergible, <<El Titanic>>, se hundió.

—¿La abuela iba en el Titanic? — preguntó Esther sorprendida.

—Sí, como todo el mundo sabe, chocaron con un iceberg a las 23:45 del día 14, una gran brecha en su casco hizo que se fuese inundando desde la proa hacia los compartimentos de carga, hasta que el buque se fue a pique y con él 1500 víctimas. Las 700 personas que sobrevivieron, fueron rescatadas por el Carpathia, el barco que recibió el mensaje de socorro y que llegó tres horas después de hundirse la gran nave.

—¿Y qué fue de Sandro? — preguntó la nieta.

—Mi querida niña, la última vez que le vio Ann Marie, fue cuando la dejó en uno de los botes salvavidas, junto con otras mujeres y niños.

—Entonces, él murió — afirmó la nieta tristemente, y preguntó —. ¿Murieron todos los hombres?

—La mayoría de ellos perecieron en esas aguas heladas, y también, familias enteras muy pobres que viajaban en segunda clase donde comenzó todo el horror. De todas formas no hubiesen sobrevivido muchos más; aunque no se llenaron del todo, no había barcas suficientes para tanta gente. Thomas Andrews, el ingeniero que supervisó la construcción del Titanic, se hundió con él lleno de desesperación, culpándose de tan grave error.

—¡Qué mala suerte tuvo tu madre! — suspiró Estrella.

Ella se quedó pensativa y prosiguió con su relato:

—Ann Marie no podía creer lo que estaba pasando, se vio rodeada de personas desconocidas, con miradas de dolor llenas de preguntas. Nadie podía articular palabra, entre el frío que sentían y la oscuridad que quedó, cuando desapareció lo que quedaba del buque.

Todos los botes se agruparon, aquellos que habían logrado sobrevivir, sólo tenían en sus mentes un pensamiento: <<¡Que Dios no les abandonara!>>.

Los tripulantes del Carpathia, conmovidos por tan inmensa desgracia, recogieron a los supervivientes, proporcionándoles mantas y algo caliente que llevarse a sus tiritonas bocas.

Una vez a bordo, Ann Marie buscó con las pocas fuerzas que le quedaban a su frágil amor, a los comprensivos señores y al bebé; pero ninguno se hallaba allí. Las lágrimas se precipitaron por sus heladas mejillas, como en una cascada vertical el agua cae violentamente. Estaba viva gracias a todos ellos, los señores le permitieron tomarse un respiro y Sandro, que en los momentos de tanta angustia se encontraba junto a ella, no descansó hasta sacarla de aquel viaje sin retorno.

A partir de ese momento, sin poder soportar tanta amargura, murieron sus ilusiones y su alma quedó tan gélida como las aguas, que le arrebataron lo mejor que le había pasado en la vida.

—¿Por qué no me llevaste a mí?— gritó desconsolada.

Cansada de tanto llanto, se secó con la manta y miró hacia el horizonte el amanecer, se frotó los párpados y, después de unos segundos, pudo ver a lo lejos una ciudad.

Alguien corrió hacia ella, exclamando:

—¡Es la Estatua de la Libertad!

La miró y en sus ojos, esta vez, brotó el pánico.

¿Qué haré sola en esa enorme ciudad?, pensó.

El barco atracó. Ayudados por la tripulación fueron descendiendo.

Un marinero que comprobaba si todos los pasajeros habían bajado, se alarmó al ver a una mujer corriendo por la proa como una exhalación. Fue hacia ella y le indicó:

—Señorita, no puede quedarse aquí, debe ir con el resto de los pasajeros; alguien la estará esperando.

Ella no le miraba ni quería oírle, se aferró al mástil enloquecida. Él se vio obligado a llamar al capitán, un hombre corpulento con gesto adusto.

Al ver el estado en que se encontraba la joven, la cogió del brazo y la acompañó donde aún quedaban algunos familiares; pero nadie daba muestras de conocerla.

—¿Cómo te llamas pequeña? — le preguntó.

—Ann Marie — respondió con voz frágil.

—¿Con quién viajabas en el Titanic?

—Yo venía al cuidado de un bebé, él y sus padres… — perdía la voz.

—¿Conoces a alguien en esta ciudad?, ¿dónde está tu familia?

—Nunca había salido de Inglaterra. No sé dónde ir. Yo... — no pudo seguir hablando y rompió a llorar, después respiró profundamente y susurró —.No tengo a nadie, ni siquiera puedo recordar a mis padres, cuando ellos murieron, sólo tenía tres años.

Estremecido al captar tanto sufrimiento en un ser tan joven, se echó mano al bolsillo del pantalón, sacó un pañuelo, se lo dio y la consoló.

—No llores. A veces, la vida es muy ingrata. Sin embargo, al alba llega a mi interior una calma difícil de explicar, me recuerda que estoy vivo para disfrutar de todo lo que nos rodea. Merece la pena luchar, no dudes nunca, que las personas como tú encontrarán con algún amanecer su camino.

Ella le escuchaba sin parpadear, deslizándose todavía alguna perdida lágrima por su mejilla, por primera vez, se sentía segura cerca de alguien que acababa de conocer.

—Te propongo una cosa. Vivo en Nueva York, si tú quieres, podrías permanecer en mi casa hasta que estés preparada.

—Yo... ¡tengo tanto miedo! — se enjugó las lágrimas y añadió —. Se lo agradezco señor.

—Llámame Thomas.

—Bien señor, digo… Thomas.

Él se rió con una fuerte carcajada, la cogió del hombro y se encaminaron hacia un coche que les esperaba.

El chofer se bajó y se dirigió hacia ellos.

—Señor Barkley, ¿ha tenido buen viaje? — preguntó al mismo tiempo que recogía su equipaje.

—Los últimos días han sido bastante amargos — respondió quedándose pensativo.

—Ya estamos al corriente — asintió a la vez que les abría la puerta.

—Gracias Ted. ¿Por aquí todo bien?

—Perfectamente, señor.

Ann Marie se acurrucó junto a una de las puertas. Él la observaba pensando en el horror que debía haber pasado, una trágica experiencia, que marcaría a cualquier ser humano para el resto de sus días.

Ella empezó a ponerse cada vez más pálida y sus ojos a enrojecerse, el Capitán se alarmó.

—¿Te encuentras mal?

—Sí, ¿puede decirle que pare?, por favor.

No tuvo que hacerlo, el chofer paró inmediatamente. Ella se bajó, vomitó y se limpió con el pañuelo que aún tenía de él. Cuando se sintió mejor, subió de nuevo al coche. Thomas al ver cómo tiritaba, se quitó la chaqueta del uniforme y se la puso por los hombros.

—Gracias.

—¿Te encuentras mejor?

—Sí, ¡Lo siento!

—Cuando lleguemos a casa, mi esposa sabrá qué hacer — miró a Ted y le hizo un gesto con la cabeza para que prosiguiera.

—¿Está usted casado?

—Sí, ¿creías que un viejo lobo de mar estaría solo? Me espera una mujer encantadora y tres hijos que he visto crecer a saltos. Pese a no poder vivir sin ellos, tampoco he podido hacerlo sin el mar. Por lo tanto, no cambiaría nada de mi vida — súbitamente, su mirada se ensombreció, y añadió —. Aunque en viajes como éste, me sienta tan inútil.

Ella cogió su mano, la acarició y dijo:

—No diga eso. Doy gracias a Dios por haberle conocido.

Él sonrió, como si el malestar que tuviera en el corazón por no haber podido salvar más vidas, remitiese un poco.

Adentrándose en la ciudad, ella abrió los ojos para observar los altísimos edificios que se alzaban hacia el cielo. Él intuyó sus pensamientos.

—Aunque te asusten un poco, te acostumbrarás muy pronto a este fascinante lugar.

Después de atravesar el centro de Nueva York, pararon en las afueras junto a unas preciosas casas blancas de dos plantas.

—¿Hemos llegado? ¿Vive aquí? — preguntó entusiasmada.

—Sí, ¿te gusta?

—Mucho, esto se parece más a Londres.

—Me alegro — dijo, mientras le ayudaba a bajar.

La puerta principal rodeada de un gran jardín se abrió, apareciendo una mujer que corría hacia él.

—¡Thomas! — exclamó, besándole y abrazándole.

—Cariño, ¡cuánto te he echado de menos!, tengo muchas cosas que contarte.

—Nosotros también. ¡No me lo puedo creer!, ya estás aquí de nuevo.

Ella miró a la joven desaliñada que acompañaba a su marido.

Él la presentó.

—Berta, ella es Ann Marie y se quedará con nosotros una temporada. Luego hablamos.

Thomas hizo un gesto de cansancio, su mujer al darse cuenta, les dijo extrañada por tan inesperada visita:

—Pasad, ¡parecéis agotados!

Entraron a un acogedor salón, una de las vitrinas que lo decoraba estaba saturada de figuras, dispares unas de otras.

Ann Marie, se quedó mirándolas.

—Son de todo el mundo, cada vez que regresa de sus viajes, me trae dos o tres — Berta se acercó para que él no pudiera oírla —. ¡Ya no sé dónde ponerlas!

—¡Son maravillosas!

—Sígueme, por favor.

Subieron al piso superior donde estaban los dormitorios.

—Tiene una casa preciosa.

—Gracias — dijo, mientras abría la última puerta que quedaba al final del largo pasillo.

—Espero que estés cómoda, enfrente tienes un baño.

Cuando se quedó sola, se sentó en una mecedora situada en un rincón y observó la acogedora habitación. Cortinas muy luminosas en tonos amarillos cubrían la ventana; sobre la

cama, una colcha de color marfil; y alrededor de ésta, muebles de madera natural.

Se puso en pie para no quedarse dormida y se encaminó hacia el baño, nada más cerrar la puerta, la golpearon suavemente.

—¿Puedes abrirme? — pidió Berta.

—Sí, ahora mismo.

—Te traigo toallas, supongo que te apetecerá tomar un baño. He buscado algo de ropa en mi armario, pero te quedaría muy grande. De momento, ponte este camisón y esta bata que guardaba de mi juventud. Después baja al salón, la comida estará lista.

—Muchas gracias señora, siento causarles tantas molestias.

—No lo digas ni en broma. Venga, aséate que estarás hambrienta.

Ann Marie, ¡no se lo podía creer!, ¡cuánta generosidad! Levantó la cabeza y al verse reflejada en el espejo, se impresionó; estaba sucia, despeinada y con profundas ojeras. Su aspecto era lamentable. Abrió el grifo de la bañera y cuando tuvo el nivel de agua necesario, se sumergió dentro.

Mientras tanto, Thomas explicaba a su mujer lo sucedido.

—¡Es terrible!, ¡pobre niña! — exclamó ella con tristeza.

—Ahora entiendes por qué no pude dejarla allí sola y abandonada.

—Sí, siempre sabes muy bien lo que debes hacer, y tú ¿cómo estás?

—No dejo de pensar en todas esas personas.

—Ahora estás en casa y tienes que relajarte, será mejor que te pongas cómodo — le abrazó dándole un cariñoso beso y a partir de ese momento, él empezó a disfrutar de su hogar.

Berta preparaba la mesa, mientras que él hacía un hueco en la vitrina para las dos últimas figuras. Al oír que bajaba, ambos miraron hacia la escalera.